



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

Al salir de la oficina.

SUMARIO

TEXTO

DE TODO UN POCO

POR
Luis Taboada

BARTOLILLO

POR
Juan Pérez Zúñiga

A LA ORILLA DEL EBRO

POR
Eduardo Bustillo

EL PRISIONERO

POR
José Estremera

COLASILLO

POR
Luis Ansorena

EL RANCHO

POR
Sinesio Delgado

EN EL PUEBLO

POR
Marcial Gil Asnar.

CHISMES Y CUENTOS

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

ANUNCIOS



GRABADOS

AL SALIR DE LA OFICINA

SISTEMAS DRAMÁTICOS
(dos viñetas)

IDILIO FRUSTRADO
(tres viñetas)

COLASILLO
(cuatro viñetas)

ESPAÑA CÓMICA
(BADAJOZ)

POR
Cilla



—Pues, señor, bueno. El director en San Sebastián, el jefe en Mondáriz, un oficial en Alicante, otro en Panticosa... y aquí estoy yo solito para despacharlo todo. Gracias á que no hay nunca nada absolutamente que despachar, pero si por casualidad lo hubiera...



DE TODO UN POCO

Los velocipedistas vense perseguidos estos días por los agentes municipales, ni más ni menos que si fueran malhechores empedernidos.

El Ayuntamiento ha acordado imponerles una contribución de dos duros anuales, y el que no la satisfaga tiene que renunciar al

uso de la bicicleta y demás placeres anexos.

Anteayer fueron conducidos á la alcaldía varios jóvenes que circulaban por ahí con sus máquinas aladas, inclinando las pantorrillas. Cuando se presentaron ante el teniente alcalde, éste, que es hombre honesto, comenzó por decirles:

—Bájense ustedes el pantalón, que no me gusta ver las formas de nadie.

—Pero...

—¡Bájelos usted, guardia!—replicó el teniente dirigiéndose á un municipal.

Pero los velocipedistas se opusieron con todas sus fuerzas, y entonces el teniente mandó que se les taparan las piernas con una colcha. Después les dijo:

—¿Tienen ustedes licencia?

—¿Para qué?—preguntó uno de los detenidos.

—Para circular por la villa.

—Sí, señor. Tenemos licencia de papá.

—Aquí no hay más padre que la ley. ¡Guardia! Apodérese usted de las bicicletas.

—¡Antes la muerte!—gritó un ciclista sacando los pies de la colcha.

Y se abrazó á su máquina querida; pero la autoridad, mostrándose inflexible, ordenó que las bicicletas quedaran detenidas y que los ciclistas ingresaran por de pronto en el Hospicio en calidad de huérfanos conculcadores de la ley.

Después de los conflictos que cercan al Gobierno, sólo le faltaba ahora la cuestión gravísima de los velocipedos.

Dicen las personas inteligentes que este asunto traerá cola, y que Becerra, amigo cariñoso del *sport* y uno de nuestros primeros padres gimnásticos, lo llevará al Consejo de ministros, á fin de plantear esta cuestión ante sus *dignos* compañeros:

«¿Tiene derecho Manolín, el chico mayor de los señores de Rodríguez, á hacer uso de la bicicleta? ¿Lo tiene? ¿Pues, entonces!...»

Quítele usted la bicicleta al chico de Rodríguez, y le ha quitado usted la vida; por lo cual deben nuestros gobernantes echar abajo la orden del municipio y dejar que la juventud velocipedica continúe atropellando transeuntes por las calles de la villa.

Y al que no sepa andar en velocipedo, que lo parta un rayo.

Los circos siguen atrayendo la atención de las personas cultas, que prefieren los espectáculos mudos, por no exponerse á los ripios de algunos autores contemporáneos, ni al sonsonete de ciertos comediantes famosos.

Hay, además, muchos aficionados á la fuerza bruta, eternos admiradores de los distinguidos artistas que levantan diez arrobas con el pelo y sostienen á su esposa é hijos con la rabadilla.

Los saltos mortales producen también entusiasmo irreprimible en ciertos temperamentos nerviosos de suyo; no tiene más sino que este ejercicio es de los que se pegan, y el que asiete cuatro veces seguidas á ver á los *Relámpagos* de Parish, acaba por querer saltar y ramparse las narices contra la cómoda.

Hemos conocido un respetable funcionario de la Junta de clases pasivas que se pasaba las mañanas tratando de dar el salto de costado en calzoncillos y eran inútiles las advertencias persuasivas de su esposa para que dejase de cultivar el género acrobático.

Una tarde en que el funcionario no tenía oficina, quiso dar el salto y estropeó una mesa de noche y parte de una criada, á consecuencia de lo cual tuvieron que meterlo en el baño de María, después de fajarlo desde la nuca hasta los pies.

En fin, los ejercicios corporales son convenientes; pero no se debe abusar de sus beneficios, porque á lo mejor quiere uno levantar un peso grande y lo que consigue es romperse todas las venas, como le ha sucedido recientemente á un joven aficionado que tiene las venas en manojos como el bramante. ¡Cuántos hijos de familia están hoy hechos una lástima por el abuso de los ejercicios gimnásticos!

Muchos padres lo fian todo á este *sport*—como ahora se dice,— y en cuanto llegan sus hijos á tener uso de razón, los llevan al gimnasio y encargan al maestro que les esclara bien las articulaciones.

—Aquí tiene usted á mi chico, y á ver cómo me lo desarrolla usted pronto. Mucha paralela y mucho trapecio y muchas anillas. Procure usted enseñarle el doble salto mortal, para que lo dé en casa, el día del santo de su abuelita, que se llama Tiburcia, y cae en Agosto.

El chico se dedica á la gimnasia día y noche y concluye por parecer un gato sin dueño, por lo flacucho y desmadejado.

—¿Qué tiene el niño? Parece algo triste—pregunta usted al papá.

—Está así de un golpe que se dió en el gimnasio—contesta el padre de la criatura,—pero no es nada. En cuanto vuelva á las paralelas, todo eso se le quita.

En mi vecindad vive un chico cojo, y el padre me dice con cierto orgullo:

—¿Eh? ¡Vaya un hijo el que me ha dado Dios!... Mira usted, mire usted qué pelotas tiene en los brazos. La gimnasia, amigo mío. No hay como la gimnasia.

—¿Y de qué está cojo?

—De un salto; pero eso no vale nada: lo que tiene usted que ver son las pelotas de los brazos... No hay como la gimnasia, créame usted á mí.

Luis Calçada.

*

Bartolillo.

Nació Bartolo Guirache, si es cierto lo que me han dicho, sobre una confitería de la calle del Barquillo. En cuna de hierro dulce mecieron al pobrecito, y era su cabello de ángel y su carne de membrillo. Si era malo y le decían «que viene el coco», el indino se relamía de gusto en vez de llorar á gritos. Su madre era de la Alcarria, y su padre era sobrino del general Dulce. ¡Toda la familia era lo mismo! Su hermana fué desde joven chocolatera de oficio, su tía fué *capuchina*, y ¿qué más? hasta su tío segundo, Pedro Jiménez, diplomático muy fino, vivía *pastitando* de cada seis días cinco. No es raro que con el tiempo llegara á ser Bartolillo un joven *almibarado* capaz de empacharle á Cristo. ¡Qué dulzura en sus miradas! ¡Qué *pastita* la de aquel chico! Este era su lema: «á nadie le amarga un dulce». El maldito palabras de miel tan sólo deslizaba en los oídos de las bellas; mas con ellas jamás tenía amoríos si no eran *empalagosos*. ¡Con qué gracia y con qué mimo las *jaleaba*, es decir, las daba jalea el pícaro! ¿Sabéis cual era su almuerzo? Bistek con azucarillo. ¿Sabéis además cuál era su instrumento favorito?

La dulzaina... ¿Y sabéis cómo vestía? Con trajecillos de lana dulce. ¡Comiendo pasteles era un prodigio! Baste decir, y no es broma, que se atrevía el muy pillo con seis *duquesas* de un golpe, cosa que hacen muy poquitos. Basó dulce compañera; no mujer de buen palmito ni de virtudes notorias, ni con oro en el bolsillo, sino mujer con *diablos*, pues pensó con mucho juicio que para ser *dulce* esposa no es este mal requisito. Cierto día desgajado, un cólico de tocinos del cielo rápidamente dió al traste con Bartolillo. ¡Tuvo una muerte más d'licel! Al verla próxima, dijo que le llevaran los óleos, no como á cualquier vecino, sino en una compotera, y entregó al Señor su espíritu, que era el de la golosina, según después se ha sabido. Arropado con arroyo metieron su cuerpo frío en una caja de dulces que fué del gigante chino. Cubrieron su sepultura con un bizcocho mangoito y en vez de flores le echaron bombones y pastelillos. ¡Hasta muerto fué goloso! Si sois, pues, asustadizos, no vayáis al cementerio donde yace el pobrecito; porque es fácil que la *loza* que le pusieron sus hijos no esté encima, sino dentro del vientre de Bartolillo.

Juan Pérez Gutiérrez.

SISTEMAS DRAMÁTICOS (ESCUELA EFECTISTA)



—¡No insistáis, huid! Mi honor está en peligro. Si ahora se presentara mi esposo...



—¡Cielos! ¡Él!

A LA ORILLA DEL EBRO

A la orilla del Ebro
me tienes, niña,
buscando el apetito
con la alegría,
y junto al Ebro,
¿cómo hallar lo que busco
si no te veo?

A la orilla dé enfrente
paso en la barca,
por ver bajo una roca
correr el agua,
tan sana y rica
que da salud y aprieta
las pantorrillas.

Bicarbonato y soda
lleva consigo,
y aquí hay quien bebe al día
doce cuartillos,
y ¡anda salero!
lo que abunda no daña,
¡siga el trasiego!

Como es Sobrón el nombre
del balneario,
yo no puedo hallar otro
más adecuado,
porque se nota
que hay aquí mucha gente
que está de sobra.

Después de un viajecito
que al fin se acaba,
con dos horas de trote
desde Miranda,
viajeros llegan,
se sacuden el polvo
y aquí se quedan.

Porque es sabido, niña,
que los doctores
todos en estas casas
son muy guasones.

A aquel que llega
en seguida le largan
su papeleta.

Traga-litros del rico
bicarbonato
andan por estos montes
desparramados,
y, por las señas,
algunos me parecen
almas en pena.

Andan de arriba abajo,
de abajo arriba,
llevando una tinaja
con la barriga.
Y mucha gente
ni sabe lo que come
ni lo que bebe.

¿Cómo, viviendo á tragos,
sabrán los pobres
apreciar la hermosura
de valle y monte,
sí, en esta brega,
hay quien no ve á la madre
naturaleza?

Esa es la que no pierdo
jamás de vista,
á esa madre de todos
debo la vida.
Si no la veo,
tú sabes, ángel mío,
que la presento.

Y adiós, que voy por agua,
que es mi destino
para estar junto al Ebro
más divertido,
mientras, en broma,
en Sobrón, como muchos,
estoy de sobra.

Eduardo Bustillo.

EL PRISIONERO

Puesto al sol en la ventana
de una casa principal,
enjanlado un pajarillo
haciendo trinos está.
Nadie sabe si su canto
es de gozo y bienestar,
ó si es que llorando canta
su pérdida libertad.
Con el pobre prisionero
á veces suele charlar
otro pájaro que tiene
su nido en la vecindad.
El cual, como antes tenía
que ganarse el triste pan
merodeando y huyendo
siempre de aquí para allá,
desde que vió al prisionero,
con toda comodidad
de alpiste de la jaula
se solía atiborrar.
Hacia ya mucho tiempo
que se hablaban, por lo cual
á ambos á dos les unía
franca y estrecha amistad.
—¡Qué feliz eres, amigo
(así les oí yo hablar),
que volando por los aires
subes, bajas, vienes, vas!...
—Sí, pues tú ¿qué vida llevas?
Tú me has contado que estás
por las noches calentito,
sin tener necesidad

de buscar cornisa ó teja
donde poderte albergar
si llueve, si cae granizo
ó si ruge el vendaval.
El sustento cotidiano
y el agua fresca te dan
y no temes los ardientes
rayos de un sol tropical.
Además tienes por ama,
según yo sé, una heldad
que te ama del mismo modo
que á un hijo pudiera amar.
Y es fama que, si hace frío,
como ella es todo piedad,
blanda cuna en su albo seno
y suave calor te da;
y en vez del agua de hielo
que bebemos los demás,
sueles beberla templada
en sus labios de coral.
¡Y te quejas todavía
por no verte en libertad!
Si no eres así dichoso,
amigo, ¿qué quieres más?
—Ciertó; por las apariencias
no me debiera quejar,
y ya comprendo que todo
lo que dices es verdad;
mas tengo el presentimiento
de que sería quizá
completamente dichoso
no viéndote á ti volar.

José Estremera.

Idilio frustrado.



—¡Se ahoga! ¡se ahoga sin remedio! Y es una mujer; probablemente joven, seguramente hermosa... ¡Corro á salvarla!



—Ánimo, señorita; que aún hay corazones nobles y generosos, capaces de sacrificarse por las damas...



—Joven, usted me ha salvado la vida. Los más puros afectos de mi alma le pertenecen desde este momento.



Colasillo.

I

Con la gorrilla echada sobre las cejas, las manos en los bolsillos del raído pantalón, un pañuelo desfilachado y retorcido al cuello y los pies calzados con unas alpargatas viejas, salió Colás de su casa una fría mañana del mes de Enero, sin dirección fija, para hacer tiempo hasta que llegara la hora de comer... si había algo, que pudiera suceder que no. Su padre estaba en el hospital hacía un mes, y su madre, lavandera de oficio, ganaba poco, y días de nada, por falta de trabajo.

Colasillo tenía entonces doce años, y había practicado su aprendizaje en una cerrajería, hasta el día anterior, en que el maestro cerró el taller, porque las ganancias eran tan exiguas que ni para pagar el alquiler del local bastaban. No le supo mal la clausura del obrador á Colasillo, porque significaba unos días de libertad y de vagancia, á lo que como buen madrileño era muy aficionado. Pensó, pues, aprovecharse de ello recorriendo las calles y afueras de Madrid, por el solo gusto de andar á sus anchas, sin pensar en que llegase la hora del trabajo.

Dió la vuelta á la esquina. Detúvose en otra para recoger una colilla de puro que encendió, y siguió adelante, al azar, escupiendo por el colmillo y tosiendo á ratos, porque el humo del tabaco le picaba en la garganta como una guindilla. Al llegar al final de la calle del Ave-María vió de lejos á Eustaquio, chiquillo de su misma condición y pelaje, y al que llamó á grandes voces. Oyólas el otro, y reconociendo á su amigo le esperó, diciéndole cuando le tuvo á dos pasos:

—¿Qué, de paseo? ¿No has ido al obrador?

—Sa cerrao—respondió Colás.—El maestro dice que se pierde dinero.

Y chupando la colilla, añadió:

—¿Onde vas tí?

Eustaquio, por toda contestación, desabotonóse la chaqueta y mostró la cintura rodeada por una trenza de cuerda.

—No parece mala la honda—dijo Colás, comprendiendo el ademán del otro.

—La cosa va á ser de órdago. ¿Por qué no vienes? Dicen que Luquillas lleva más de veinte. Nosotros no somos más que doce... pero ¡ya verás!

—¡Ah! ¿Estará Luquillas?—dijo Colás, palideciendo un poco.—Pus no digas más... Allá voy... ¡Ni ganas que le tengol... ¿Onde es la pedrea?

—Aquí, cerquita... ¿Quiés honda? Toma... Trafa dos por un por si acaso.

Tomóla Colás... La hizo crujir en el aire... Estiróla con todas sus fuerzas, y satisfecho de que era buena, dijo:

—Andando... ¡A ver si le rompo la cabeza!

Era un odio infantil, pero terrible, nacido el día en que Luquillas dió en la gracia de cortejar á Maruja, la novia de Colás desde el año anterior. Al principio fueron estos amores tranquilos, un juego de chícuelos precoces, criados en mitad del arroyo, y en los que la naturaleza se adelantaba á la edad, á causa del mal ejemplo continuo que sus padres les daban, no cuidándose de ocultar de ellos los actos más íntimos de su vida. Pero desde el momento en que Luquillas dirigió los primeros piropos á Maruja alteróse aquella calma. Colás empezó á sentir celos, que aumentaron con la insistencia de Luquillas en perseguir á la muchacha; y aguardaba ansioso una ocasión para escarmentar á aquel boceras que parecía burlarse de él como de un monigote.

Por esto aceptó gustoso la invitación de Eustaquio... Iría á la pedrea, y en cuanto Luquillas le presentase blanco... ¡Cristo, no iba á ser pedrá!

Al llegar ellos ya estaban dispuestos los dos bandos, pero la lucha no había comenzado aún. Esperaban á Eustaquio... de una y otra parte levantábase sordo clamoreo de voces de niños prematuramente enronquecidas. Algunos rostros estaban pálidos. Los más atrevidos

hacían chasquear sus hondas. Los bisoños permanecían en segundo término, tiritando de frío y dirigiendo intranquilas miradas al enemigo.

La llegada de Eustaquio y de Colasillo produjo fuerte emoción en las filas. Paseó el primero su mirada ardiente por el grupo, y como notase que el ejército contrario había ya tomado posiciones, dijo:

—¡Eal Andando, chiquios.

Y cogiendo una piedra, la colocó en la honda y la lanzó al enemigo.

Fué la señal de ataque... Los de su partida siguieron el ejemplo; contestaron los otros... Una verdadera lluvia de piedras. Hirvió la sangre, calentáronse las cabezas y los más cobardes cuidábanse ya más de que sus golpes fueran certeros que de evitar los que venían del otro bando. Algunos curiosos contemplaban el espectáculo, animando á unos y á otros. A los pocos momentos corría la sangre. Uno de los de Eustaquio se retiró con la mejilla abierta; otro de los que capitaneaba Luquillas recibió una pedrada en el pecho que le hizo tambalearse... Eran fiercillas que no se acordaban del peligro.

Parecían buscarle. Un cuarto de hora había pasado sin que la victoria se decidiese á favor de ninguno. Esto pareció exasperar á Luquillas, porque su gente era más numerosa; y para animarla arrancóse con movimiento brusco el pañuelo que llevaba al cuello, y sujetándole en la punta de un palo á guisa de bandera, se colocó á la cabeza de su tropa, gritando:

—¡Vamos pa lante! ¡Maldita sea!

Colás le vió, y tomando cuidadosamente la puntería, le disparó una piedra... Nada... Otra... Lo mismo. La tercera le pasó á Luquillas rozando, pero sin tocarle.

—¡Es que estoy nervioso!—dijo Colás.—¡Pero no se me escapa!

Y fuera de sí, ansioso de vengarse de Luquillas, se adelantó á los suyos y corrió hacia el enemigo, solo, sin cargar la honda ni preocuparse de las piedras que rebotaban á sus pies y pasaban silbando junto á su cuerpo. No tenía más que una idea. Emprnderla á cachete limpio con Luquillas, tenderle de un puñetazo, apoderarse de la bandera y volver á los suyos victorioso. ¡Con qué orgullo mostraría después el trapo á Maruja, diciéndole: Pa tí. ¡Le tenía ese boceras y se le he quitado!

Algunas piedras le machacaron el pecho y los hombros. Siguió adelante. Solamente algunos pasos le separaban ya de Luquillas. Pásose éste pálido al ver quién era y advirtiéndole tan decidido, pero no retrocedió... al contrario, aceptando el reto, le eslió al encuentro. Fué éste terrible. Colás se abalanzó al otro y apretándose furiosamente á su cuerpo le echó la zancadilla. Rodaron, golpeándose mutuamente, y para hacerlo más á su gusto, Luquillas abandonó la bandera, que Colasillo cogió en seguida sin dejar la lucha. Tenía ya á su enemigo bajo sus rodillas cuando una piedra, diestramente di-

rígida, le hirió en la cabeza. Fue tan rudo el golpe que el chiquillo abrió los brazos y, sin soltar la bandera, cayó de espaldas. Greyán-dole malherido, tal vez muerto, y llenos de susto los de Luquillas, huyeron a la desbandada. Los del otro bando, advirtiendo lo ocurrido, hicieron lo propio; pero algunos de ellos, entre los que se contaba Eustaquio, arrepentidos y avergonzados de dejar á Colás en tan lamentable y crítica situación, volvieron á poco donde estaba el chico, sin mover pie ni mano, con la cara llena de sangre y más blanco que la cera.

Eustaquio se acercó á él y le tomó el pulso, mientras los demás formaban corro en torno del caído, al que miraban con expresión estúpida de asombro.

—Paecéis bestias—dijo Eustaquio.—Andando por agua.

—¿Sa muerto?—preguntó un chicuelo de unos diez años, empujándose tras los otros para ver mejor.

—¡Ca sa de haber muerto! Está privao, pero na más.

Con el agua que trajeron le roció la cara y le lavó la herida. Suspiró hondo Colás y abrió al fin los ojos. Acordándose de todo, preguntó á Eustaquio:

—Dí, Eustaquio, ¿y la bandera?

—¡Otra! Pus si la tienes agarrá—respondió el otro.—Anda, á ver si pués levantarte.

Pudo, apoyándose en el brazo de Eustaquio, y seguido á respetosa distancia por los demás chicos, se encaminó á su casa.



La madre estaba á la puerta. Al verle llegar en aquel estado, le vóse ambas manos á la cabeza y lanzó un grito de terror.

—No asustá uestez, señá Egracia, que na ha sido na—se apresuró á decir Eustaquio para tranquilizar á la pobre mujer.

—¡Si este hijo me va á matar!—exclamaba ella zarandeándole como si quisiera convencerse de que no traía ningún hueso roto y que todo el mal era el que se veía.

Después hizo que se acostara, y finó ella misma á la casa de socorro en busca de un médico.

Eustaquio permaneció un rato junto al herido; mas como viese que éste cerraba los ojos con algo de modorra, salió de la habitación.

Transcurrido un rato, y como entre sueños, creyó Colásillo percibir fuera ruido tenue de voces; después pasos precipitados que se acercaban. Abrió los ojos y vió á Maruja, que desde la puerta le contemplaba con dolorosa expresión. Al notar que no dormía, acercóse la niña al lecho, y acercando la boca al rostro del herido, le preguntó en voz baja si le dolía mucho.

—¡Cal ¡Na!—respondió Colásillo, alegre por la presencia y el interés de Maruja. Metió luego la mano debajo de la almohada, y sacando el pañuelo que sirvió de bandera á Luquillas, se le dió á Maruja diciéndole:

—Es pa tí... ¿sabes? La bandera de Luquillas. Ende que le vi lo pensé... ¡Tómale, tonta!

La tonta derramaba unos lagrimones como puños. No supo qué responder, é inclinándose aún más hacia Colás, le besó en la mejilla. ¿Un beso de niña? ¿de mujer? ¿prematura? ¿de camarada? ¿de amante? ¿Qué sabía ella por qué ni cómo le besaba



II

Pasó el tiempo, y los amores de Colás y Maruja tuvieron un fin tristísimo. Un día, cuando ya la muchacha contaba diez y ocho años, se escapó de casa de sus padres con un hombre muy rico que le prometió un porvenir lleno de dicha. Aquello fué para Colás como un mazazo en el cráneo. Por algún tiempo quedó como idiota; al fin se repuso algo del golpe, pero la herida sangraba siempre. Desde entonces no se le vió hablar con mujer alguna, y se retiró de sus amigos, viviendo únicamente para sus recuerdos y su desesperación. Entró en quintas, y la suerte, poco favorable, le hizo soldado, cosa que pareció importarle poco. La guerra civil estaba entonces en su período más álgido; hacían falta hombres, y Colás fué enviado al Norte casi en seguida. Al despedirse de sus padres, y mientras éstos, llenos de dolor, abrazaban al mozo, pensaba éste:—¡No les volveré á ver. ¡Estoy seguro!—Parecían estas palabras indicio de un presentimiento horrible ó de una resolución tremenda maduramente reflexionada, para concluir de una vez con todos sus pesares. Era esto último, como después se vió.

Ya en el campo, sólo pensó el mozo en realizar su idea. No tardó en presentarse la ocasión. Una mañana, el agudo toque de alarma puso en movimiento la tropa. El enemigo estaba cerca...

—¡Bien!—pensó Colás.—Pues hoy se ha concluido todo... Esta noche ya no me acordaré de Maruja.

Y aprestándose con gran ligereza, fué á incorporarse á las filas. Media hora después comenzaba el fuego. Cuando éste era más rudo vióse á Colás abandonar su puesto y dirigirse hacia el enemigo, como un loco, en medio de una lluvia de balas.

¿Qué pasó por su cerebro en aquel instante? Ni él mismo se dió cuenta de su emoción á la vista de la bandera del contrario. Lo cierto es que sintió un vivo deseo de apoderarse de aquel pedacito de lienzo, que le traía reminiscencias de su pasado, ansias de cuando era niño... Las balas le parecían piedras... hondas los fusiles; los soldados chiquillos mal vestidos... Siguió avanzando. Una bala le tocó en el hombro, y Colás sonrió diciendo:

—¡Buena pedrá!

Por un milagro llegó vivo á cuatro pasos del que llevaba la bandera. En su delirio se le antojó que aquel hombre era el propio Luquillas, y se abalanzó á él. Lucharon cuerpo á cuerpo... Cayeron... Como hizo Luquillas, su enemigo soltó la bandera... Colás apretóla entre sus dedos... Un balazo en la frente, en el mismo sitio donde aún conservaba la cicatriz de la pedrada de marras, le hizo rodar hecho un ovillo... pero sin soltar la bandera. Tiró el otro con furia para arrancársela y se rasgó el lienzo... Un pedazo de éste quedó en la mano de Colás... Le tomaron por muerto, y siguió la lucha.



Terminada ésta, procedíase á recoger los heridos. Colás vivía aún, pero el médico, después de reconocer su herida, manifestó que no llegaría á la noche... Transportáronle al hospital de sangre. Una hora después el general visitaba á los soldados heridos, dirigiéndoles palabras de consuelo y dándoles ánimos. Al llegar al sitio ocupado por Colás, se detuvo, y advirtiendo que el mozo conservaba aún el resto de la bandera, le dijo:

—¡Hola! ¿Has sido tú el que ha pretendido quitar la bandera al enemigo?

—Sí... mi general—respondió con voz débil Colásillo.

—¡Bien, muchacho! Eres un valiente... Mereces un grado y una cruz... Lo tendrás...

—¡Un grado!—murmuró Colás con smargura intensa.—¡Una cruz—añadió con cierto desdén...

Y, clavando una mirada en el techo, como si en él viera la imagen de la mujer siempre querida que se acercaba á él con paso vacilante y lágrimas en los ojos, dijo:

—¡Si fuera otro beso tuyol... ¡otro como aquéll!

Luis de Unzuena.

ESPAÑA CÓMICA.



El rancho.

He visto un niño ayer, sucio, andrajoso, débil, enteco, lacio, escrofuloso, aguantando el suplicio de un sol abrasador, sentado en tierra cerca del edificio donde está el ministerio de la Guerra. Sin familia tal vez, ni hogar, ni lecho, estaba la infeliz criaturilla del rancho de las guardias en acecho, inmóvil y apretando contra el pecho su bote convertido en escudilla. Y al centinela contemplaba en tanto paseando con marcha acompasada, y había tal tristeza en su mirada que daba ganas de romper en llanto.

Llegó el rancho por fin. Poteje ó sopa, menestra ó no sé qué... ¡Pero muy rico lo que le echaron en el bote al chico! Y hasta el día siguiente... ¡a vivir, tropa! ¡Oh sabia Providencia que aparece protegiendo á las aves y á los peces! ¡Nada se pierde en tierra de cristianos! El Estado se gasta lo que cobra en pitanza de tirios y troyanos, y después de pasar por tantas manos, no falta quien recoge lo que sobra. Esto tiene importancia y la merece. Porque si el niño de mi cuento crece y triunfa la materia de esa lucha brutal con la miseria, ¿qué es lo que puede ser? ¡Será soldado! Y si la patria en un momento dado le envía á pelear, ¡tenga entendido que al morir en defensa del Estado no hace nada de más! ¡Le ha mantenido!

Sinesio Delgado.

EN EL PUEBLO

—Madre, ande presto, que aquí la busca á usted un caballero. —¿Es usted la señora Rosa? —Pa servirle. —Pues yo vengo

á hacerle á usted una visita de su sobrino Marcelo. —¿Qué tal le va por Madrid? —Está gordote? —Está bueno. —¿Y va bien de ropa? —Sí, dos trajes, y siempre nuevos. Como sólo sale en coche... —¿En coche? —¡Pues ya lo creo! Con su sombrero de copa y sus guantes... —¿Mi Marcelo? Trabaja mucho el pobre para poder gastar eso. —Por la mañana á la iglesia, por las tardes á paseo y por la noche al teatro.

—Entonces es que él es diestro, pues en el pueblo pensaban que Marcelo era un zopenco. —¿Y cómo no manda nada? —Me encargó le diese esto, que creo que es una carta pidiéndola á usted dinero. —Será mandando. —¡Sí, yal! —Pero ¿él no tiene? —Ni un perro; cobramos, y á los dos días en copas se nos va el sueldo. —¿Es que también usted beben? —Como todos los del gremio. —Pero usted ¿qué es? —¿Yo? Lacayo. —¿Y mi sobrino? —Cochero.

Marcial Gil Aznar.



Leo: «En la mensualidad corriente se procederá á descontar á las clases activas y pasivas el importe de la cédula personal, en aquellas capitales que administre la Hacienda ese impuesto.» Corriente, esto no es importante. Es decir, si es importante para las clases activas y pasivas, pero lo bueno es lo que sigue: «En las demás, como en Madrid, será obligación de los arrendatarios la cobranza y distribución de cédulas á domicilio.» ¡Qué! ¿A que no? ¿Cuánto apostamos á que nos hacen á todos, como

el año pasado, ir á formar cosas insostenibles y depresivas para la dignidad humana?

Y al que no quiera ir, ¡ya se sabe! tendrá que pagar él ó los recargos correspondientes.

Porque aquí todas las sistemas son buenos para sacarnos la sangre de las venas.

Y ¡guay del que apele!

Por cosas naturales y sencillas
os asoma el rubor á las mejillas
y os mostráis ofendidas, desdeñosas...
Pero luego aprendéis las mismas cosas,
¡y os las contáis vosotras á hurtadillas!

RAMÓN ASENSIO MAS.

«Parece que los vendedores de artículos extranjeros en Barcelona se reunirán pronto para tratar de la conveniencia de advertir á los productores la necesidad en que se verán de cobrar las mercancías que envíen en pesetas en vez de francos.»

«Toma! y dirán que bueno, que por ellos no hay inconveniente.»

Pero advertirán por su parte la necesidad en que se encuentran de subir proporcionalmente los precios de las mercancías.

Y no saldremos del círculo vicioso.

Porque es de notar que aquí anda todo el mundo de cabeza para corregir el defecto de los cambios á 22,90, y nadie se acuerda de embargar á los diputados que votaron como candidas palomas la vigente ley de emisión del Banco.

Porque mientras el Banco tenga, es un suponer, setenta y ocho pesetas, y dé billetes por valor de ciento, resultará que las cien pesetas en billetes no valen más que setenta y ocho pesetas.

¡Pues no faltaba más sino que cada quisque tuviera el dinero que se le antojara con sólo decir que lo tenía!

Cuando me diste, chiquilla,
aquel bofetón de trueno,
te puse la otra mejilla
imitando al Nazareno.
Pero no sirvió de nada
que el buen ejemplo siguiera.
¡Me diste otra bofetada
más fuerte que la primera!

MIGUEL JIMÉNEZ MÉRIDA.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. E. L. G.—Si son medianos efectivamente, pero queda usted dispensado con mil amores.

Un Garnith que no indemniza.—Y que no ha dado en el clavo con ninguna de sus humoradas, desgraciadamente.

Sr. D. A. A.—No puedo aprovechar ninguno.

Fido.—La moraleja es demasiado candorosa. Y bueno es el candor, pero no llevado hasta ese punto.

Sr. D. E. G.—Tiene gracia la carta desesperada. Se hará la suscripción cuando se cobre el recibo.

Añ el Rubio.—Todos medianos. Y usted comprenderá que estando los cambios á 23,90 es imposible que sean consozantes *dele y recurdo*. Cuando se pongan á la par y se supriman las *erres*, será otra cosa.

El Chapa.—Madre quien es esa joven que me encanta y me embelesa.
Chico, quítate la gorra que es la jota aragonesa.

¡La jota una joven? ¡Olé por el género simbólico!

Un conocido.—Cuatro verdades... pero no en verso, bien lo sabe Dios.
Gil Eurasa.—Para un periódico satírico político, pásese. Pero aquí ¡por qué!

Telle.—No puedo admitir ninguna.

Lacónico.—Poquita cosa. Casi nada, mejor dicho.

Sr. D. J. de la C.—Pues... versifica usted sin soltura ni corrección. El asunto es inocente y cándido como él solo.

Clorato de potasa.—Por el torcedor del consonante no emplea usted las palabras en su verdadero sentido, y aplica usted mal una porción de ellas.

Capacet.—Muy bien, y... muy de D. Francisco de Quevedo.

Sr. D. J. O.—El que un asunto carezca de novedad no quiere decir que el autor sea plagiarlo. Va mucha diferencia. Puede ser vulgar una composición original completamente.

Filistrato.—Medianamente *silabea* usted, amigo.

Armando grusa.—Del *patoso* que quiere tener gracia libreme Dios, que del que no quiere tenerla me libraré yo.

Sr. D. P. S. M.—Sí, señor; haylos. Y si son más de veinte los que necesita, podemos dárselos á 25 céntimos cada uno.

Sr. D. L. G.—Se hizo la renovación al día siguiente de enviarle el aviso.
Sr. D. V. de A.—No puedo aprovechar ninguno.

Mulhurruguier.—Digo lo mismo exactamente.

Sequah z.—Idem *íd.*, y conste que lo siento.

Filiso.—El romance no es tan *entonado* como correspondía al asunto, y éste, de puro simbólico, es un poquito expuesto.

D. Lirio.—No tiene nada de particular.

Tranoya.—¡Oh, qué largo es eso! Ocuparía más de una columna y... se enfadarían los padres de familia.

Ferreas.—El epigrama tiene la contra de oler mal de cabo á rabo.

Un valenciano.—No encuentro ninguna *saliente*... Sí, señor; puede usted suscribirse desde la fecha que indica.

Anthesfilo.—Estas alegres mañanas

me gusta ir al Retiro
porque en sus alamedas miro
unas muchachas muy guapas.

Bueno, vaya usted, pero no haga versos, ¡por la Virgen santísima!

Sr. D. J. C.—No me parece oportuno el soneto para el MADRID CÓMICO, por la índole del asunto. ¿No opina usted lo mismo?

Un pobre percibe.—El género está pasado de moda y fuera de circulación. Aquello de los pies forzados, sílabas forzadas, glosas, acrósticos, etc., se retiró de la palestra definitivamente.

Un aficionado.—No podemos admitir artículos.

A. V. Lino.—No me gusta el final, que es vulgarísimo.

Un noble trasnochado.—Y que ha perdido un poquito de ortografía, desgraciadamente.

NOTA. Parece mentira, pero quedan sin contestación más de cuarenta cartas. Yo lo siento mucho, pero, como ustedes comprenderán, no se puede dedicar á esta sección mayor espacio. Algunas se contestarán en el número próximo, porque nos gusta ser finos... siempre que se pueda.

CHOCOLATES Y CAFÉS
DE LA
COMPAÑÍA COLONIAL
TAPIOCA, TÉS
50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES
DEPOSITO GENERAL
CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS



MARCA REGISTRADA

JIMÉNEZ Y LAMOTHE
MÁLAGA-MANZANARES

MADRID CÓMICO
PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.
Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.
Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.
En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.
Empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.
Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.
A corresponsales y vendedoras, 10 céntimos número.
A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.
Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero derecha.
Teléfono núm. 2.160.

DESPECHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

MADRID 1934.—Imprenta de los Hijos de M. G. Hernández, Libertad, 16 desp.º
Teléfono 234.